

Mis abuelos me contaron

Memorias del pueblo yagan

BIBLIOTECA
ESCOLAR
Futuro





Proyecto Financiado por el Fondo Nacional de Fomento del Libro y la Lectura
Convocatoria 2018

Biblioteca Escolar Futuro
Marzo, 2019

Título: Mis abuelos me contaron. Memorias del pueblo yagan
ISBN: 978-956-14-2376-3

Responsable de Proyecto
Pontificia Universidad Católica de Chile

Edición
Claudia Olavarría
Kristina Cordero
Rosamaría Solar

Gestión y vinculación con la comunidad
David Alday

Investigación
Rosamaría Solar

Ilustración y diseño
Cristian Garrido

Impresor
Salesianos Impresores





Mis abuelos me contaron

Memorias del pueblo yagan

Presentación

En el extremo sur de Chile, en isla Navarino, comuna de Cabo de Hornos, Región de Magallanes y la Antártica Chilena, están los abuelos del pueblo yagan. Ellos son la razón de ser de este libro, *Mis abuelos me contaron*.

Según los expertos, los yaganes son los descendientes de cazadores recolectores que llegaron hace más de 6.000 años a las islas y aguas de esta parte del mundo, donde el canal Beagle conecta el océano Pacífico al Atlántico. A lo largo de los siglos, este pueblo ha debido adaptarse a la llegada de muchos extranjeros -exploradores, colonos, misioneros, buscadores de fortuna y toda clase de aventureros. Las consecuencias de esos encuentros no siempre fueron positivas: varios países y personas tienen una deuda histórica con los yaganes, así como con otros pueblos originarios de las Américas.

No es posible cambiar el pasado. Pero sí es posible crear lazos, como explica el zorro en *El principito*, de Antoine de Saint-Exupéry. Y eso es justamente lo que Biblioteca Escolar Futuro ha querido hacer con este libro: crear nuevos lazos e instancias de encuentro para construir un futuro de recuerdos compartidos.

El pueblo yagan es pequeño pero está vivo. Esto lo constatan los diez abuelos que comparten sus recuerdos en estas páginas. Aquí el lector se encontrará con testimonios de vida real, de personas de carne y hueso. Los abuelos nos hablan de oficios tradicionales y nobles como la artesanía en junco, la construcción en madera y la ciencia de la navegación; de infancias vividas entre la naturaleza y los animales; de otros abuelos y abuelas inolvidables; de hojas y raíces; de palabras y lenguas; de momentos dolorosos y sabidurías adquiridas. Estelas de humo del pasado, ciertamente, pero también algunas luces para el futuro.

Para mí es un privilegio presentar este libro no solo porque representa una importante colaboración entre Biblioteca Escolar Futuro y el pueblo yagan, sino porque simboliza una confianza depositada en esta Universidad. Estamos muy agradecidos, además, de haber contado con aportes importantes del Fondo del Libro, que permitieron más cercanía con la comunidad a través de visitas, talleres, entrevistas y reuniones. Estoy profundamente agradecido al pueblo yagan y a los abuelos que participaron en el libro y espero que los vínculos que hemos estrechado solo irán fortaleciéndose en los años que vienen.

Finalmente invito a los lectores de hoy y mañana a sumergirse en los textos y las imágenes de este libro. No es necesario ser del pueblo yagan para apreciar y valorar la sabiduría y la experiencia de un abuelo o una abuela.

Ignacio Sánchez
Rector

Pontificia Universidad Católica de Chile

Cuidar la memoria

María José Ferrada

Un recuerdo es algo que involuntariamente guardamos en nuestra memoria. Imágenes, olores, voces con los que nos topamos alguna vez y que nos siguen acompañando a lo largo de la vida. La escritura de la memoria tiene que ver con la voluntad de conservar, cuidar esos recuerdos e intentar que lo que está destinado a desaparecer permanezca junto a nosotros un poco más.

“Qué triste sería que fuéramos puras hojas y no tuviéramos una raíz”, dice Lidia González en los recuerdos que comparte en estas páginas. Y es que sabe, como todos los abuelos y abuelas del pueblo yagan cuyos recuerdos se recogen en este libro, que sin memoria, sin esa raíz, sería difícil defenderse del viento que durante siglos ha soplado fuerte sobre Villa Ukika, el territorio que hoy habita la comunidad yagan.

Recuerdos sobre la caza de la nutria, el cuidado de los corderos, los juegos, la lengua. Y el mar, ese mar inmenso que les ha enseñado de la vida y la muerte, y que se escucha a lo lejos, mientras abuelos y abuelas van entregando el delicado regalo que tienen -como de hilar o tejer el junco se tratara- para quienes construirán la historia que viene.

Recuerdos que esta vez no se perderán y que sostendrán a los niños, niñas y jóvenes de la comunidad, orgullosos de ser descendientes yaganes, porque hay cosas que cambian para bien, otras que simplemente cambian y otras que permanecen como el mar, el juego de los niños, el viento que sopla sobre Villa Ukika.

Entrevista con David Alday, representante de la Comunidad Indígena Yagan

¿Cómo nació la idea para este libro?

En realidad nació desde la Universidad Católica. Se acercaron a nosotros y propusieron que hiciéramos un libro juntos. Se consultó con la comunidad y la comunidad accedió. Nos pareció muy interesante la idea de trabajar un libro, nunca habíamos hecho algo así. En general se hacen actividades aquí para adultos, no con niños, y este proyecto fue diferente. Era una manera de conectar a los más jóvenes con los más grandes.

¿Cómo es el vínculo entre la gente joven y la gente grande en la comunidad? ¿Los niños y niñas son conscientes de los grandes cambios que han vivido los abuelos?

Sí, ellos se dan cuenta. Por cosas que los abuelos cuentan de antes, del frío, ellos pueden entender esas cosas. Pero también se nota en cómo se sienten ellos mismos. Los niños se identifican como yaganes porque los ancianos les han ido transmitiendo eso.

El proyecto partió con talleres en que los abuelos compartían recuerdos con la gente joven de la comunidad. ¿Cómo fue esa experiencia?

Como dije, esto nunca se había hecho antes, por lo menos yo no lo había visto. Conseguir que los ancianos contaran sus historias a los niños fue muy especial. Es complicado hacer actividades con niños, por la edad y la atención que pueden dar, pero resultó muy gratificante verlos prestar atención o hacer dibujos de lo que escucharon de los propios abuelos.

El libro fue realizado con y para la comunidad, pero también será leído por otros. ¿Qué te gustaría que el libro transmitiera a la gente que no conoce bien la cultura yagan?

Creo que puede ser muy enriquecedor. Se habla mucho del “último yagan”, de la última, y estamos tratando de cambiar esa percepción. Mucha gente que viene llegando a Puerto Williams no conoce realmente la comunidad, y a través del libro pueden ver que es una comunidad viva, con gente viva, con diferentes experiencias y reflexiones.

A propósito de la idea del “último yagan,” ¿no es cierto que, en realidad, conviven muchas etnias aquí?

Sí, se da mucho eso. En mi caso, por ejemplo, mi señora es mapuche-huilliche, yo soy yagan. Es muy común. Pero nosotros somos y nos sentimos yaganes. Siempre nos hemos visto así. Yo estuve mucho tiempo fuera, iba y venía, pero uno siempre quiere volver. Solo puedo hablar por mí, pero a varias personas les ha pasado. Se han ido y otra vez vuelven a la tierra. Para mí es así.

¿Es un desafío mantener las tradiciones con la gente más joven?

El tema de las tradiciones es muy importante. Hemos estado trabajando mucho para rescatar. Les hemos llevado a navegar, hacemos talleres de junco, donde siempre están los más ancianos –como la abuela Cristina, la tía Julia- y también gente más joven, como Claudia, que ahora es experta en el tema del tejido. Y lo mismo hacemos con los talleres de lengua. En unos días más vamos todos a ir a arreglar el cementerio. Eso sirve para recuperar nuestra cultura y para tener contacto con nuestros ancestros. Y eso es especialmente importante para los niños.

Mirando hacia el futuro, ¿qué es lo que te gustaría para los más chicos de la comunidad?

Ellos aman estar acá. Me gustaría a futuro que los jóvenes, los niños recuperaran todo lo que tiene que ver con su cultura. No digo que tengan que andar navegando o haciendo *chiejaus* [el tradicional rito de iniciación para los niños yagan], pero que lo tengan presente. Me gustaría que ellos trabajaran para fortalecer eso.

Es un trabajo que ustedes ya llevan haciendo a lo largo de estos últimos años, ¿no es cierto?

Ha sido importante para nosotros recuperar un poco la presencia de la comunidad. Si antes las cosas se imponían, nosotros hoy en día podemos decir, “No, no queremos esto” y se respeta lo que queremos.

Trabajando en comunidad.

Claro, porque así vamos construyendo nuestra autonomía, que durante muchos años se había perdido.

El mar del fin del mundo

La primera vez que salí me pasaron muchas cosas; tenía doce años y no conocía esa mar alta. Fui criado adentro, en la isla Mascart, donde las olas no son de ese tipo. Sentí miedo de salir afuera. Veía el mar reventando en la costa, con la costa blanca completa. Una lluvia fuerte nos pescó todo el día. Cuando uno rema no siente frío, porque se mueve completo remando. Durante ese tiempo yo pensaba, «¿dónde vamos a atracar para poder dormir?». Solo veía el mar, no veía donde podríamos bajar. Esos fueron mis miedos. Pero mi padre José González conocía todos los lugares, hasta que llegamos a uno de calmita total. Ahí me quedé más tranquilo. Una vez que llegamos a un sitio para acampar me senté y no me pude parar más. El cuerpo se me detuvo de frío y de tanto remar.

Martín González







El bosque de mi infancia

Mis recuerdos son de una infancia feliz. Fui muy querida, tuve mucho amor de mis padres Teodosio y Cristina. Vivía mucho afuera, pues siempre me ha gustado la naturaleza y el entorno de Rada Picton era como mi casa. Iba al bosque para conversar con Pedrito, mi muñeco, y mis árboles. Los visitaba todos los días, siempre los mismos árboles, siempre el mismo sitio. Construía e inventaba cosas, soñaba que era una princesa o una mariposa en aquel lugar especial donde me sentía protegida. A veces, mi mamá me llamaba preguntándome «¿dónde estás?». Y yo siempre estaba allí, en medio de mis árboles, en el lugar donde hacía mi vida.

Lidia González

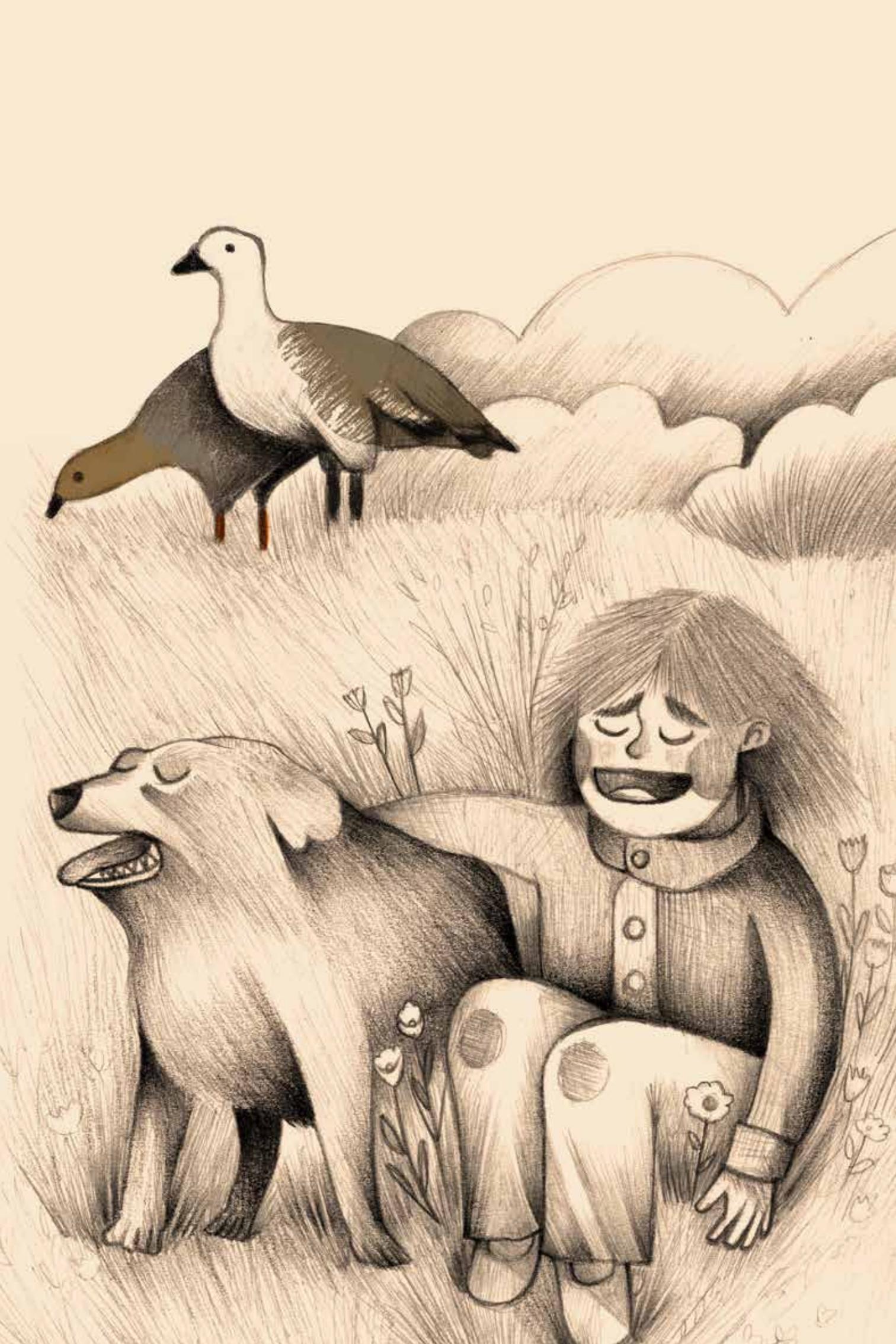


Mis compañeros en la isla Hoste

Durante la niñez pasaba más tiempo con animales que con personas, pues mis hermanos eran mayores y no había más niños en la isla Hoste. En la noche tomábamos mate, hilábamos y jugábamos cartas, pero en el día solita no más andaba por ahí entreteniéndome con los perros. Amansaba corderos en el verano, salía a buscarlos en las tardes y ellos, acostumbrados, se iban derecho al galpón para dormir calentitos. Teníamos también ovejas, vacas y abundante pescado. Una vez aguachamos unos caiquenes que le sacamos a la caiquena cuando los huevos estaban ya picados. Los llevamos a la casa y allí crecieron. Los llamamos los hermanos Pitipiti, pues eran justo un par, macho y hembra. Andaban al lado nuestro y cuando se hicieron grandes, los Pitipiti iban a la casa si les daban ganas de comer pancito.

Elcira Hernández







El arte del junco

Mi padre huilliche trajo de Chiloé el arte de la lana. Nacimos seis hermanos, pero solo yo aprendí a tejer. Durante las largas noches en Róbalo, entrelazaba hilados, tejidos, crochets y telares teñidos con raíces de calafate y hojas de canelo. La artesanía en junco la heredé de mi abuela yagan, Esmelinda Acuña. Así nacieron de mis manos canastos *steppas*, bien compactos, con que los antiguos recogían frutos como la chaura, el michay, la murtilla y el calafate. Claudia González me enseñó a hacer *keichis*, canastos con agujeros grandes para recolectar mariscos. Nosotros tejemos el junco con un *ami*, un punzón hecho de hueso de ballena, patitas de aves o madera. Yo hago sombreros de *cowboy* que mi hijo también aprendió a confeccionar. Muchos niños y niñas de la comunidad hoy saben tejer.

Patricio Chiguay



Un abuelo inolvidable

Siempre iba a ver al abuelo Felipe Álvarez mientras trabajaba en su taller en Villa Ukika. Era muy artesano. Hacía unos palitos como flechas de madera y le gustaba mucho la fruta en conserva. Me clavaba unos duraznos en esos palitos y me los daba con cariño. No tengo idea si era gruñón, malo, si fue peleador, para mí era pura dulzura. No recuerdo su voz pero tengo intacta su imagen, meciéndose en una mecedora y golpeando los talones en el suelo. Como no tuve abuelos, él y la abuela Rosa fueron mis abuelos.

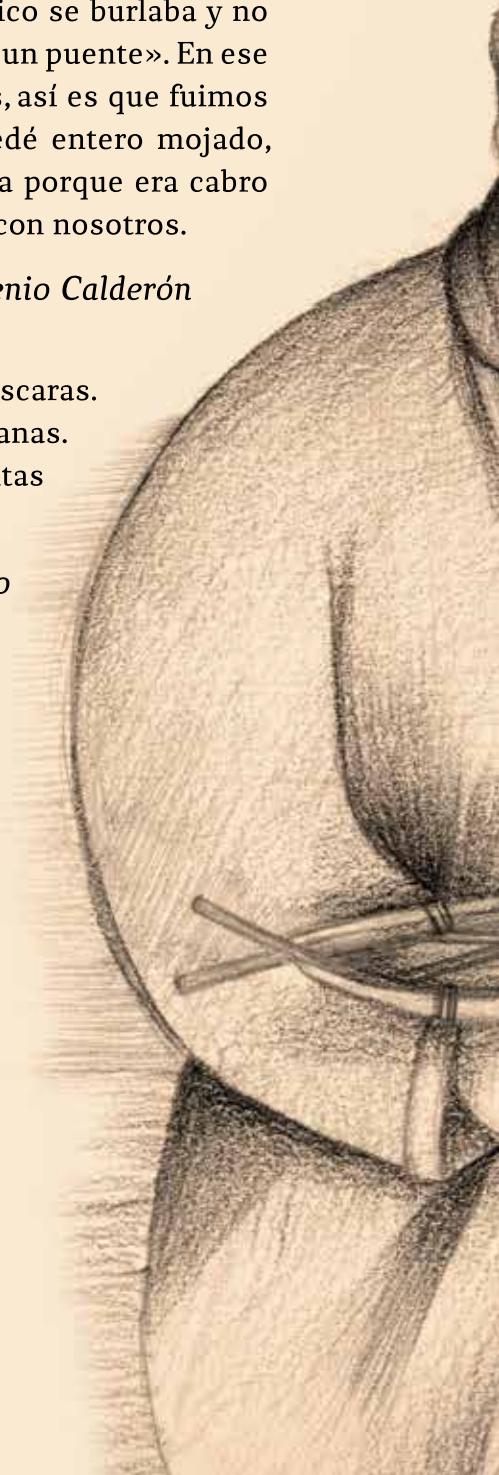
Lidia González

El abuelo Felipe era muy popular, muy buena persona. Chistoso, chacotero, de genio alegre, nunca lo vi enojado. Cuando yo era chico se burlaba y no me daba cuenta. Una vez le dije, «Abuelo, vamos a hacer un puente». En ese tiempo no había puentes acá, solo unos puentes malos, así es que fuimos al río y empezamos a cortar palos, a amarrarlos. Quedé entero mojado, él también. Se estaba riendo de mí, no me daba cuenta porque era cabro chico, pero él estaba jugando conmigo. Se reía, gozaba con nosotros.

Eugenio Calderón

Él hacía canoitas, tenía un galpón donde hervía sus cáscaras. Y nosotros nos metíamos ahí porque él nos daba manzanas. No sé de dónde las sacaba, pero siempre tenía manzanitas para mí y mi hermana.

Astrid Navarro







En busca de nutrias

Recuerdo con mucho afecto a mi tío José González. Tuve el orgullo de navegar con él, un gran navegante que fue tripulante de Pascualini, el famoso cazador de lobos. Él trabajaba correteando lobos en Argentina y fue un excelente marino. Con mi tío salí a navegar en su bote a vela, el Pepe. Fuimos a las islas Wollaston y en veinte días agarramos cien nutrias, las que repartimos entre todos. Lo hicimos durmiendo mal, a remo, arriesgándolo todo. Pero el viejo conocía como la palma de su mano esos lugares y uno se sentía seguro con él. Era un meteorólogo de primera, miraba las nubes y decía «va a estar bueno» o «no va a pasar nada». En tierra subía un cerro para mirar el mar y la experiencia le decía si iba a estar malo o no. No sé cómo sabía, ese era su secreto. En ese viaje pasé tanto frío que me abracé a dos perros y con ellos me dormí. Tenía veinticuatro años.

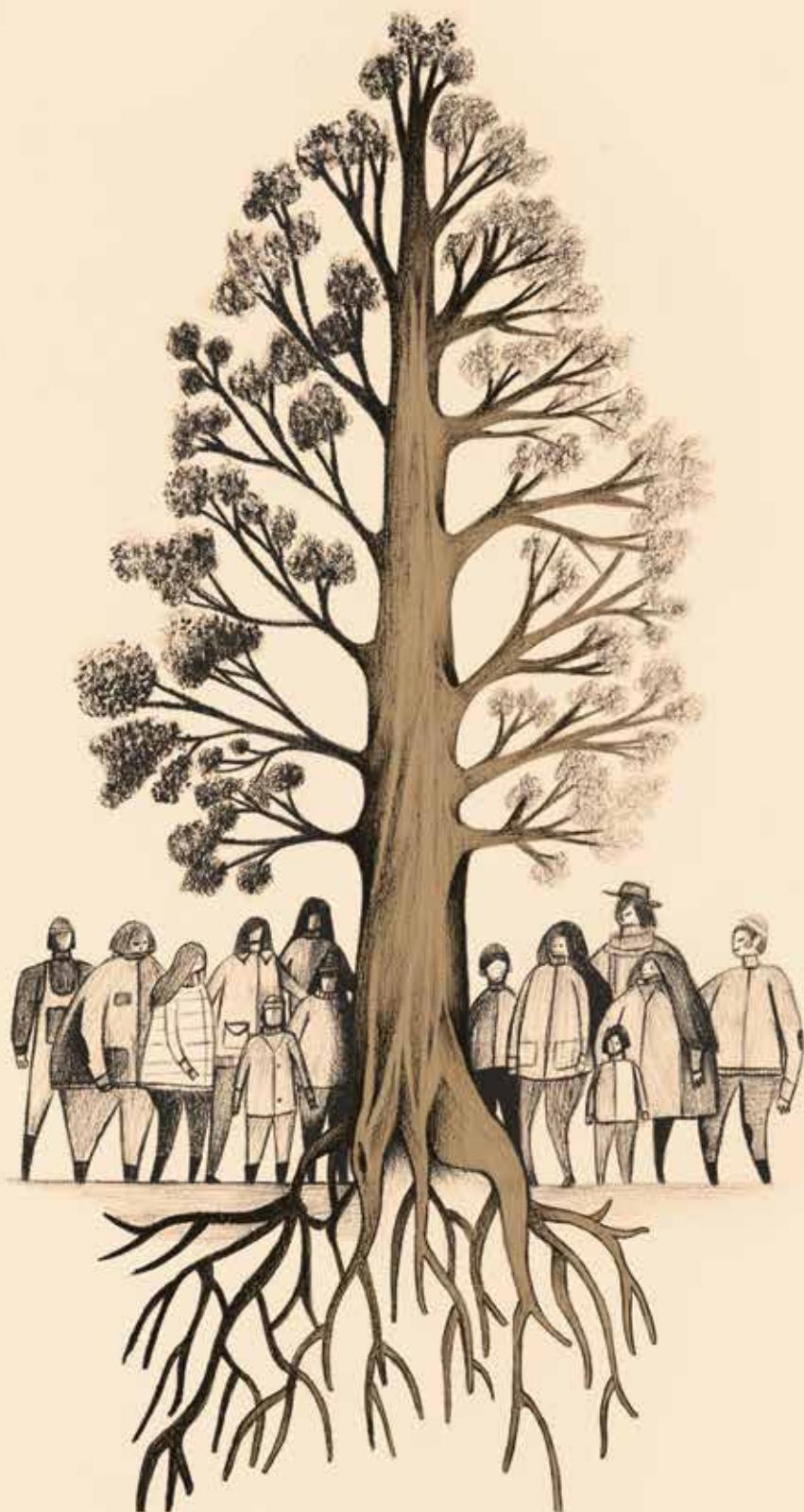
Eugenio Calderón



Hojas y raíces

Mi papá no es yagan, entonces entera yagana no soy, porque tengo González en mi sangre. Él era de Tegualda, de Fresia, al frente de Frutillar. Cuando él falleció, mi mamá quedó muy triste. Ella nos dio los valores para la vida. Nos enseñó a ser buenas personas, nos decía que valíamos como personas, y que si éramos respetuosos íbamos a recibir respeto. Todavía creo en eso. Mucho depende de cómo te educaron y cómo tú enfrentas la vida. Yo no quise que a mis hijos les pasara lo que a veces nos pasó de niños: sentir vergüenza, sentirse diferentes. Desde chicos les enseñé que uno debe hacerse valer desde donde está. Les dije: «nosotros somos de la raza yagan que viene de la abuela y tenemos que ser orgullosos porque esta es la raíz de nuestra familia. Toda familia tiene una raíz. Qué triste sería que fuéramos puras hojas y no tuviéramos una raíz». Sinceramente creo en eso. Y ellos, entonces, siempre se han sentido orgullosos.

Lidia González

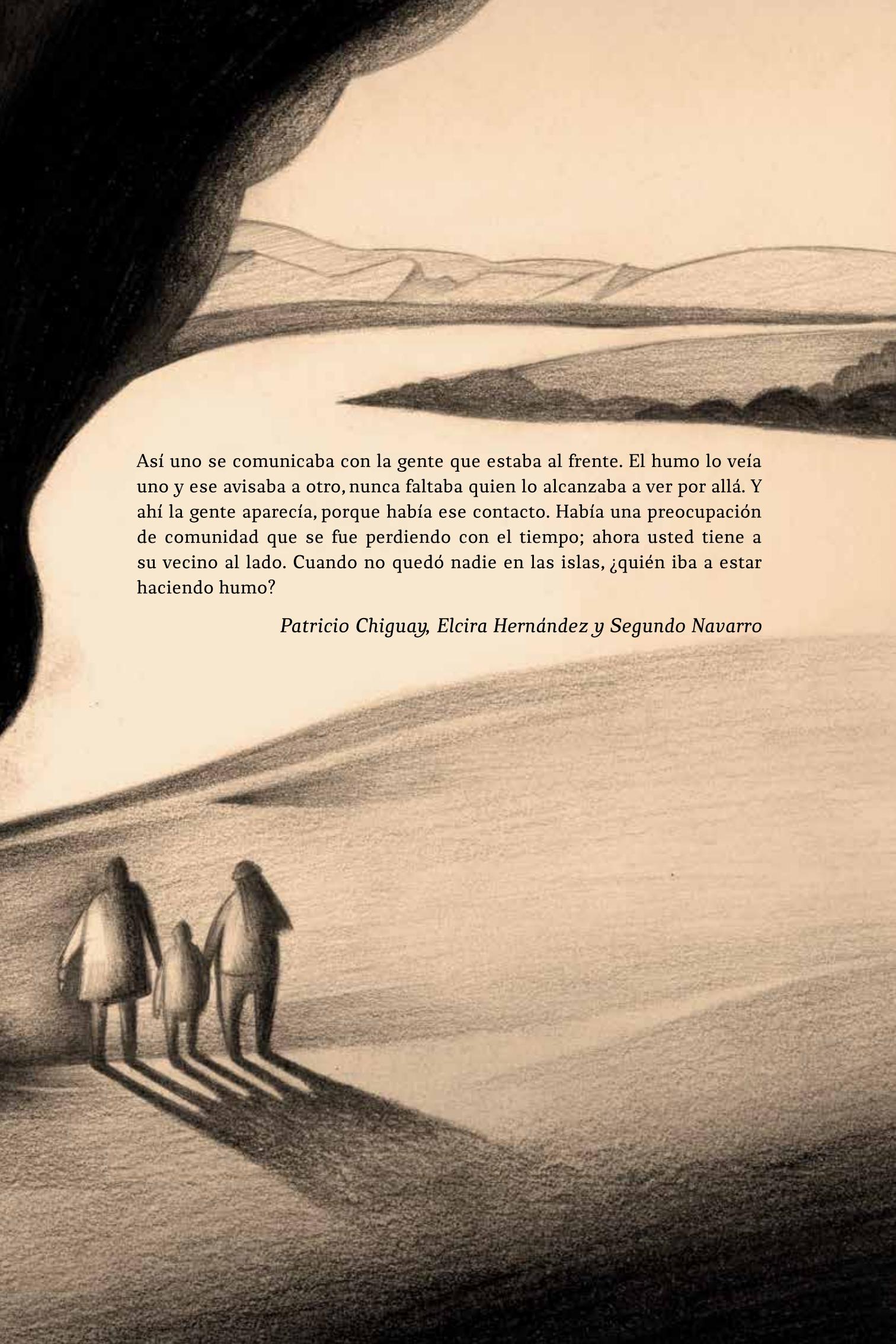




El lenguaje del humo

Antes usábamos señales de humo para comunicarnos con la gente que vivía en otras islas. El fuego se hacía en la playa o a cierta altura para que se viera desde el otro lado. Un solo humo era para saludar y, si el otro contestaba, entonces sabíamos que estábamos todos bien. En caso de emergencia, eran tres humos al hilo, con tres fogatas, lo que significaba enfermedad, accidente, peligro, urgencia, una solicitud de auxilio. Los demás, viendo estas fogatas, agarraban el botecito y a vela o a remo llegaban sí o sí. La altura y el viento eran muy importantes: si prendes tres fogatas y de repente hay viento, los humos salen todos juntos. Había que dejarlos en posiciones para que se viera que allí había tres fogatas. Usábamos murtilla, que es alharaca, se le pone fuego cerca y prende bien, con una fumarola de humo negro. Las ramas verdes las amontonas y el humo sale ahogado.





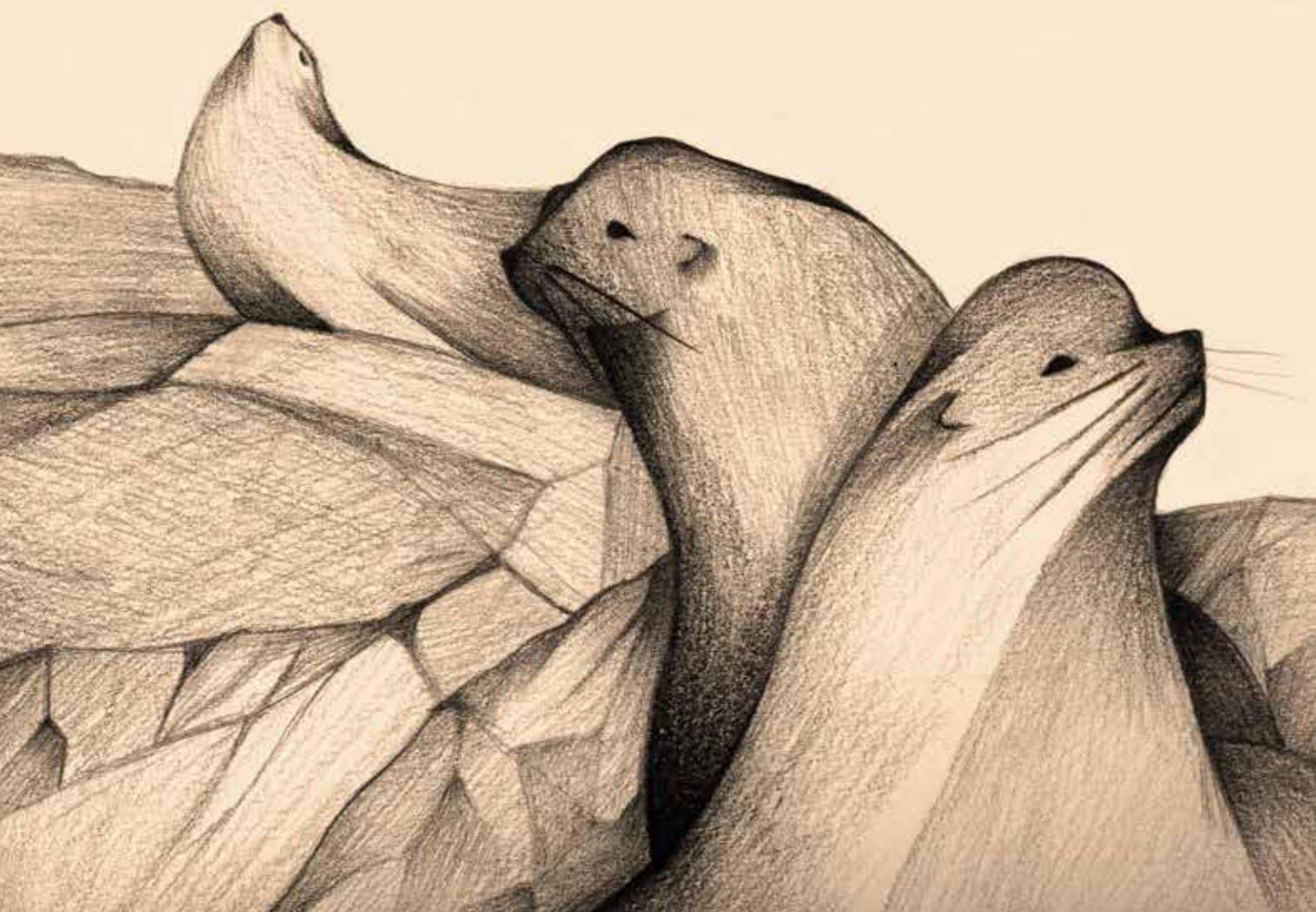
Así uno se comunicaba con la gente que estaba al frente. El humo lo veía uno y ese avisaba a otro, nunca faltaba quien lo alcanzaba a ver por allá. Y ahí la gente aparecía, porque había ese contacto. Había una preocupación de comunidad que se fue perdiendo con el tiempo; ahora usted tiene a su vecino al lado. Cuando no quedó nadie en las islas, ¿quién iba a estar haciendo humo?

Patricio Chiguay, Elcira Hernández y Segundo Navarro



La caza de lobos

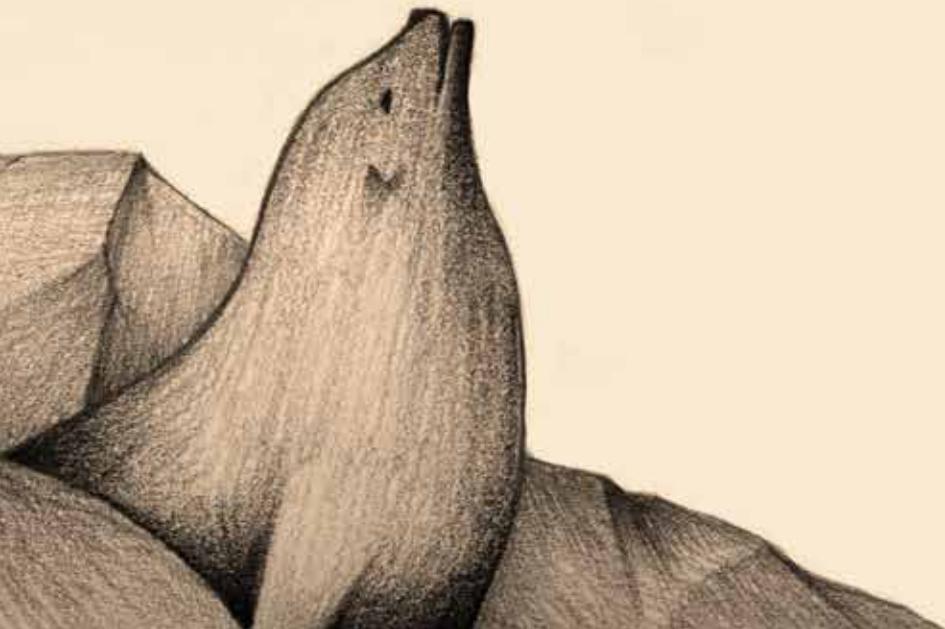
Un verano pasé las vacaciones en la isla Mascart donde mi tío José, el papá de Rafael, Martín, Julia y Germán. En el Pepe, el bote de mi tío, navegamos por la bahía Ponsonby. Allí hay una pequeña isla al fondo donde van a parir los lobos marinos, con un cerro grande y una playita. Subimos el cerro y al mirar hacia abajo, vimos donde andaban los lobos. Rafael sacó un rifle y mató una hembra para sacarle el aceite. Entusiasmados, mirábamos un tremendo lobo que parecía un buey hasta que uno de los grandes pescó la





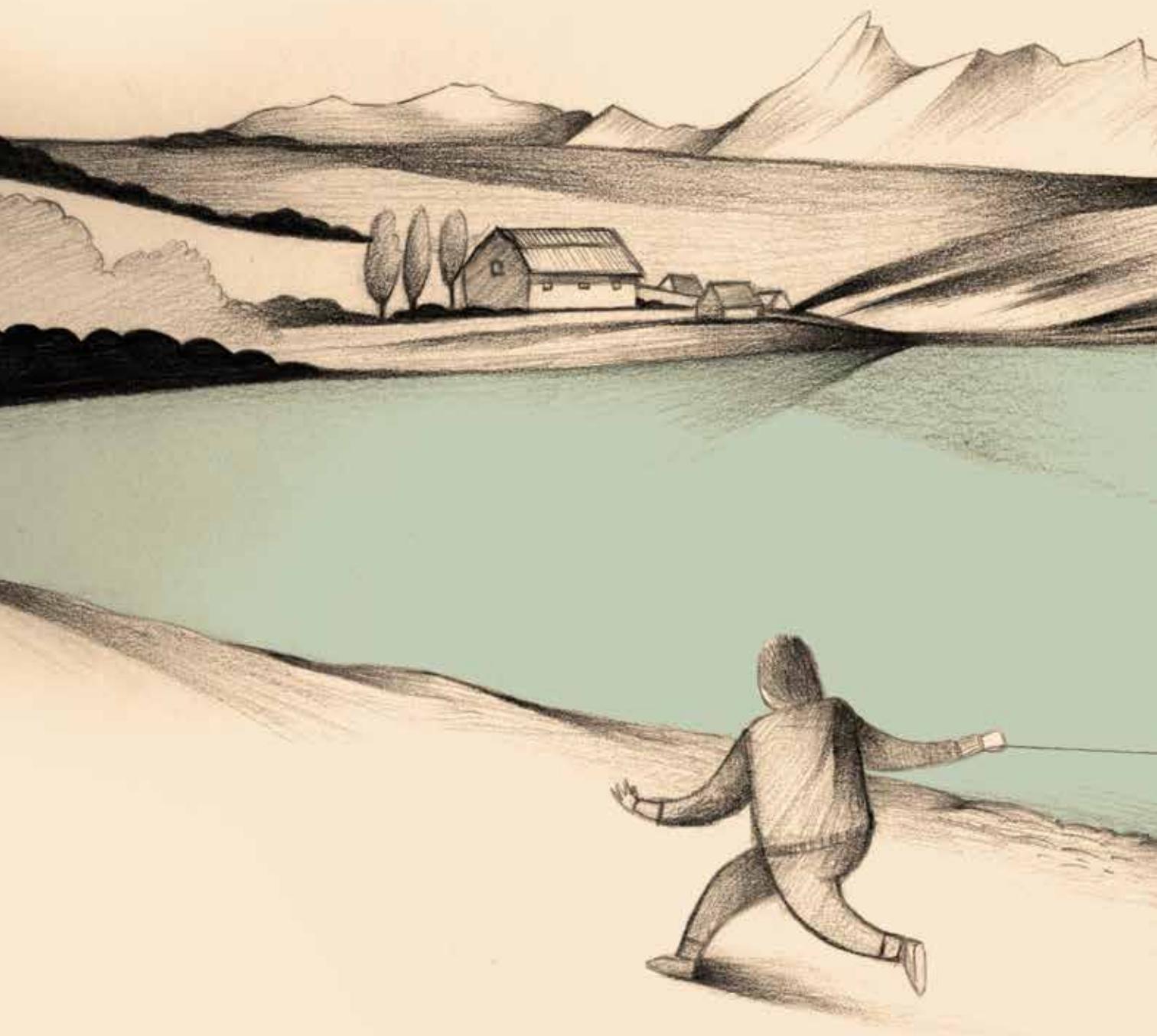
loba muerta y empezó a tirarla hacia el mar. Entonces grité, «¡Oye, cuidado! ¡Te están llevando la loba!». Rafael le apuntó al lobo que, momentos después, cayó de espalda al agua. Y los lobos empezaron a arrancar con los disparos, a tirarse al mar. Los popis, los más chiquititos, quedaron en la orilla porque no saben nadar. Ahí bajamos. Con un garrote mi primo le pegaba un pencazo en la nariz y muerto el lobito para sacarle la piel. «¡Pégales!», me decía, pero a mí me daba lástima hasta que... lo maté. Cuando le iba a pegar a otro me resbalé entre los luches y le pegué mal, el lobito no murió sino que se puso a llorar como un niño. Tuve tanta pena que no pude pegarle de nuevo hasta que Rafael lo mató. En ese viaje llenamos el bote de popis. Luego cruzamos el mar hasta llegar a la costa donde empezamos a descuerarlos, estaquearlos y secarlos. Allí los enrollamos y los guardamos para la venta. Esa noche dormimos arriba del bote.

Daniel Zárraga



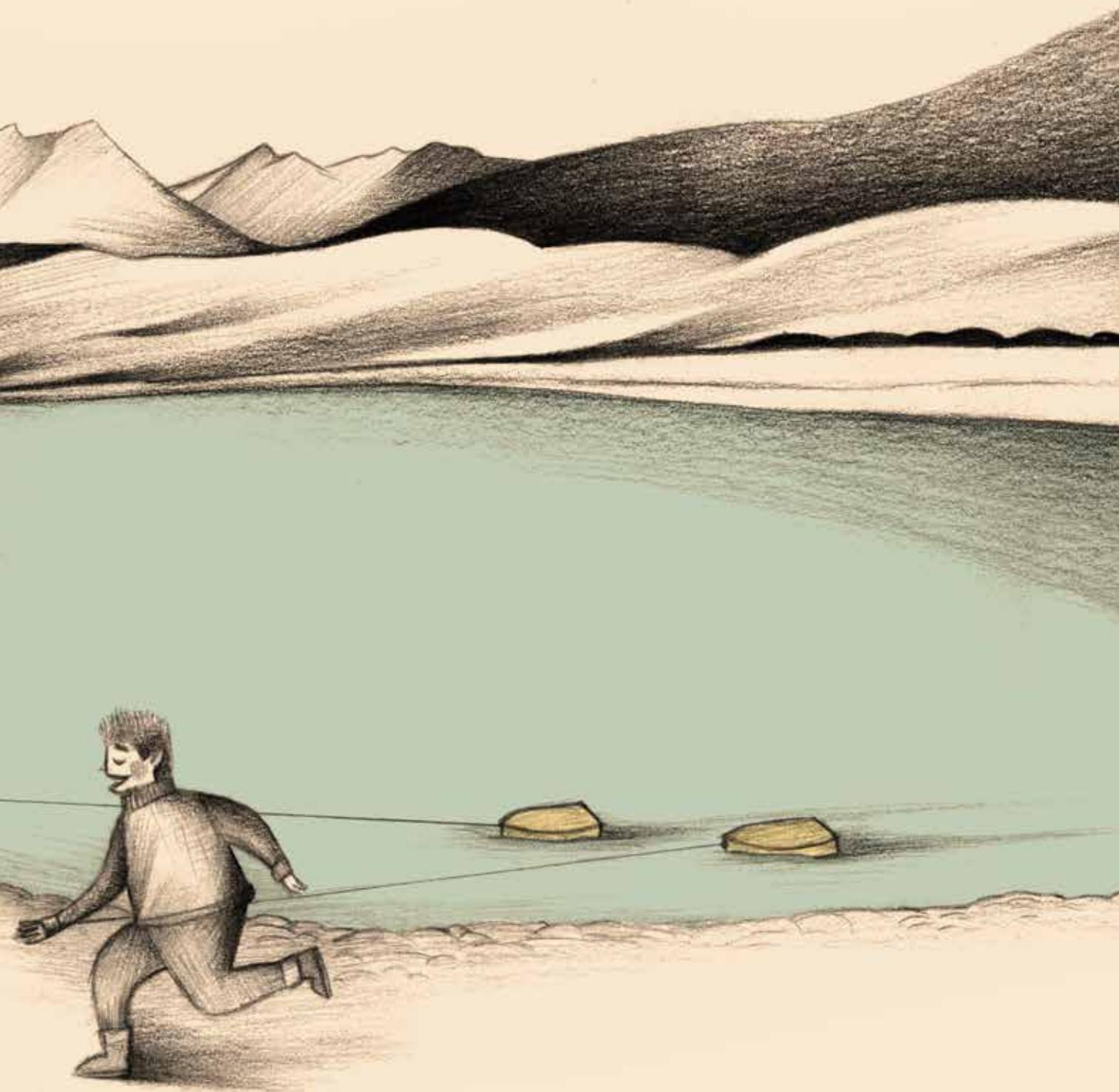
Los barquitos de Harborton

Cuando vivíamos en la estancia Harborton en Argentina, al otro lado del canal Beagle, jugábamos siempre en la playa. Mis hermanos mayores, como Miguel, elaboraban buenos botecitos. Miguel los hacía igual que una lancha, un palo con proa y popa. Después les poníamos un clavo en la esquinita, en la orilla, para tirarlos por el costado. A los viejos chilotes que trabajaban en el campo les pedíamos hilos con los que se cosían los fardos. Los ruidos del motor del barquito los hacíamos con la boca. Allí,



cuando subía la marea, estaba lleno de huesos de cordero con los que construíamos cercos y muelles. Puras miniaturas. Decíamos, «Ahí viene la lancha a invadirnos, corran, ahí viene mi mamá, la patrullera Ortiz...». Para nosotros, lo importante era el viaje de las lanchas y que finalmente llegaran a algún lado.

Juan Calderón





Desvanecidos entre las olas

Mi papá, Bernardo Sarmiento, se perdió en el mar y nunca más supimos de él. Se fue de acá a Douglas porque no le gustaba pasar las fiestas como la Pascua, el Año Nuevo. Después nos venía a buscar a Puerto Williams en enero. Él se fue y nunca volvió. Supimos que encontraron su lanchita hundida. Siempre andaba solo, decía que le gustaba andar solo en su lancha. En esos años la gente podía andar sola, ahora ya no autorizan. Me marcó hartito cuando mi papá se perdió. Uno piensa qué le puede haber pasado o qué le hicieron. Yo, al cementerio, no voy. Ahí están mi abuelo, mi mamá, mi hermano, todos... Mi marido igual se perdió en el mar, antes, en 1976. Se encontró el bote, porque andaba a remo no más. En ese tiempo andaba con Eugenio Calderón. Eugenio quedó en una isla y a mi marido se lo llevó el viento. Yo me había casado el año 75 y él se perdió en el 76. Mi hija Blanca tenía seis meses. Ella nunca conoció a su papá.

Ana Sarmiento

La lengua yagan

Nací en Róbalo porque allí estaba la abuela Kertie, que era partera porque había estado en las misiones. Mi papá, Bernardo Sarmiento, era mestizo y mi mamá, Clara Álvarez, yagana. Entiendo la palabra yagan, pero no puedo conversar. *Pušđki* es leña y *pánaxa* la nieve, hola es *apa sá* y chao se dice *hála yélla*. Cuando mi mamá me hablaba en yagan yo lo entendía, pero le contestaba en castellano. Uno no se podía meter mucho en las conversaciones de los adultos, cuando nosotros íbamos al colegio ellos conversaban.

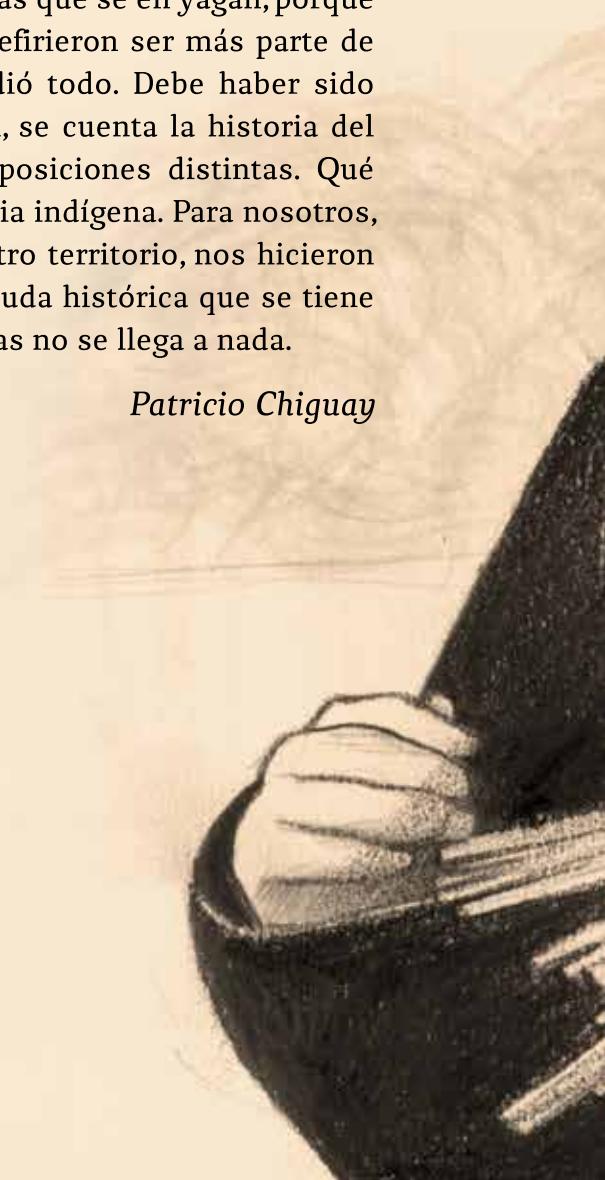
Ana Sarmiento

Nosotros tenemos una mezcla de huilliche, yagan y kawésqar. Ninguno de los diez hermanos aprendió yagan, mi madre Esmelinda Acuña nunca nos enseñó. Ella hablaba con la señora Úrsula Calderón pero yo no les entendía. En esos tiempos ningún joven quería aprender la lengua.

Astrid Navarro

Yo aprendí con la abuela Rosa Milicic las palabras que sé en yagan, porque mi mamá no me transmitió la lengua. Ellos prefirieron ser más parte de los blancos que de los indígenas. Así se perdió todo. Debe haber sido la vergüenza de hablar su lengua. Como dicen, se cuenta la historia del vencedor, pero no la del vencido, pues son posiciones distintas. Qué bonito sería que se empezara a relatar la historia indígena. Para nosotros, el dolor más grande es que nos quitaron nuestro territorio, nos hicieron perder nuestro idioma. Hablamos de la gran deuda histórica que se tiene frente a los pueblos originarios, pero con migajas no se llega a nada.

Patricio Chiguay





El internado

Mi padre, Santiago Navarro, era capataz de Yendegaia cuando la estancia era de don Miguel Serka. Allí crecí entre las patas de las vacas tomando leche. Éramos diez hermanos y jugábamos con los hijos del viejito, Miguelito, el Leo y el Mito. Como Yendegaia está lejos, al entrar al colegio pasábamos el año internados en Puerto Williams, en el internado que se quemó, y solo en diciembre volvíamos al campo. No me gustaba el internado porque extrañaba a mi mamá. Mi hermana Beatriz nos pegaba porque nos portábamos mal. Los profesores también les pegaban a los niños, así es que nadie nos defendía. Igual guardo buenos recuerdos de esa época. Con mi hermana Angélica bajábamos del internado y nos metíamos dentro de los estanques de petróleo que antes estaban vacíos. Dentro del estanque hacíamos eco, así «uuuuuh». Pero de repente dejábamos de hacer eco y nos poníamos a gritar porque no podíamos salir. Era oscuro pero porfiábamos y volvíamos a jugar ahí. Por eso mi hermana mayor nos retaba. Ahora ya ha muerto la mitad, somos solo cinco los hermanos vivos.

Astrid Navarro









Explorando las islas

Alcancé a navegar con la abuela Rosa Milicic, que era bien marinera. Le traíamos saladitos los *popis* que tanto le gustaban. El problema era que había que cargarle el bote con el gato, las gallinas, el perro... «¡Cayó el perro bravo, no moje a Pillín, hombre!», decía la abuela. La Nueva es la isla que más me gusta porque durante el verano es para quedar tostado. Pasa la corriente de Humboldt y llega mucho sol. La virgen de los loberos estaba allí, en una capilla, cuando andaban los grandes loberos. A los quince años estuve tres meses solo en Lennox. Caminé la isla completa, donde no encuentras agua en cualquier lugar. Lo que más me gustaba era la soledad, en la tarde no había más que hacer que mirar los conejos. Al principio salíamos a puro explorar, pero cuando empezaron a comprar cueros salíamos a cazar castores. Antes no usábamos carpas ni mochilas, solo unas bolsas paperas para dormir al lado de la fogata. Pocas veces hacíamos ranchitos con ramas. En Navarino a lo más llevábamos una parka, su buen cuchillo y sal para hacer los castores vuelta y vuelta. Ni brújula, ni GPS, ni mapa. Aquí para perderse hay que ser muy pajarraco.

Segundo Navarro

Antiguas vergüenzas

Cuando entré al colegio, había un director que cada vez que llegaban periodistas o investigadores –vayan a saber quién era la visita- iba y decía: «Lidia, venga, Mario, venga» y nos sacaban de la sala. Al salir veía a mi hermano, que también lo habían sacado, y a otros niños de la comunidad yagan. Sin decirnos nada, el director hablaba con el periodista, diciéndole: «Ellos son los yaganes, a ver ustedes, pónganse acá...». Entonces nos sacaban fotos y eso a mí me molestaba. Más tarde le pregunté a mi madre, Cristina Calderón, por qué no me enseñó yagan y ella respondió: «¿Para que se rieran de ti? Recién a los nueve años hablé español y no quise que a ustedes los miraran mal por hablar yagan». Un día, finalmente me paré y dije, «nunca más voy a tener vergüenza».

Lidia González

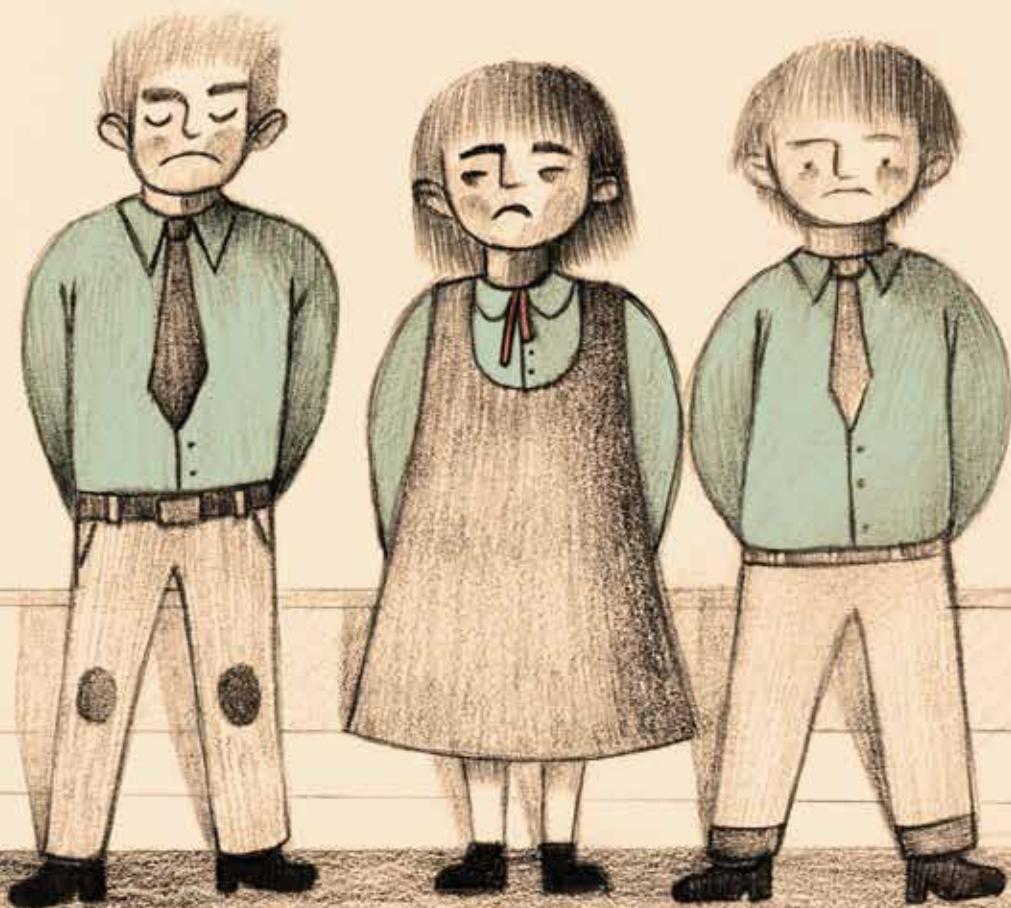
A nosotros nos criticaban y uno se achunchaba. ¡Pensábamos que éramos los únicos indios en la Tierra! Algunos niños y profesores nos decían de todo, por lo general, «indio feo».

Patricio Chiguay y Segundo Navarro

La gente antes decía, «Yo no soy de Chiloé, soy de Puerto Montt». Les daba vergüenza ser chilotes. Nosotros éramos un poco parecidos porque no éramos reconocidos como indígenas como ahora. Hay señoras de la comunidad que de niñas hablaban correctamente el yagan. Cuando crecieron decían que ya no sabían hablar.

Daniel Zárraga





Celebrar y comer

En Puerto Williams para el 18 de septiembre se hacían fondas en el gimnasio de la Armada, al lado de la costa. Tocaban cueca y jugábamos a la rayuela. Las carreras a la chilena se hacían en el aeropuerto. También los estudiantes argentinos venían constantemente a hacer deporte, para el 21 y el 25 de mayo.

Patricio Chiguay

En mi familia, los cumpleaños casi nunca se celebraban, pasaban como si nada. La Pascua sí la celebrábamos, porque era tradición de mi mamá. Íbamos por árboles al monte, buscándoles la figura de un árbol de Pascua. Lo adornábamos con chiches de algodón, papeles de color o cualquier cosita. Y quedaba bonito. Mi mamá tenía la costumbre de hacer una once. La cena era como cualquier día, bien temprano, y para esperar las doce tomábamos once en la mesa con pan, chocolate y leche de vaca.

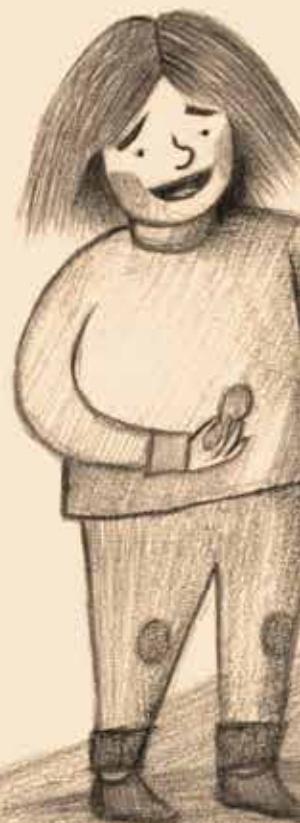
Elcira Hernández

Las comidas tradicionales se perdieron. Hasta sus últimos días mi viejo comió digüeñes con aceite de lobo. Le llevábamos coipos, memitas de ñirre, lapas y mauchos. En tiempo de resina, cuando el árbol está gordo de savia en verano, se saca la corteza y se raspa. La resina es dulce y había gente que la comía directamente del árbol.

Segundo Navarro

Íbamos a los cumpleaños de unas chicas que eran hijas de un comandante de la Armada del que no recuerdo el apellido. Fuimos varias veces a esos cumpleaños porque eran varias chicas. Eran fiestas muy bonitas, nos trataban muy bien y había harta comida. Jugábamos con todos los niños, todos iguales.

Ana Sarmiento





Cuando aprendimos a leer

Mientras vivíamos en Harberton, con mi hermano Juan aprendimos a leer con un chileno que trabajaba en la estancia, llamado Miguel Uribe. Daniel aprendió con otro caballero chilote de apellido Naín. Yo debo haber tenido unos nueve años. En esa época, Uribe nos enseñó las 27 letras del abecedario y después a juntarlas. Así aprendimos, primero las letras para luego ir armando las palabras. Él tenía buena técnica para enseñar y en un mes y medio ya sabíamos leer y escribir. Cuando llegamos a Puerto Williams, en la década de los sesenta, pasamos al tiro de primero a tercero básico. Los profesores estaban sorprendidos. Por ese entonces, ellos usaban el famoso silabario “El Ojo” de Claudio Matte.

Eugenio Calderón





La herencia del pueblo yagan

Actualmente, es distinto ser indígena comparado a lo que era antes. Nosotros lo tomábamos como una ofensa cuando nos llamaban «indios», «los indios de Ukika». Hoy, las niñas chicas aceptan ser yaganas con orgullo, aunque hay algunas que no parecen yaganas. Las Filgueira son rubias y bien gringuitas. Ellas van al colegio y dicen «yo soy yagana». Cuando éramos chicos, en cambio, pensábamos de otra manera, nos hacían sentir mal. Ya no hay yaganes puros-puros, somos todos mestizos.



Hay gente en la comunidad que no tiene sangre yagan, pero se casaron con alguno y ya son parte de nosotros. Igual, nosotros nos sentimos yaganes-yaganes por la fuerte presencia de mi madre, aunque tuvimos distintos padres. Nos consideramos hermanos todos, no más hermanos unos que otros. Somos hermanos porque nacimos de la mamá Cristina. Ella es la fuerte.

Daniel Zárraga y Juan Calderón



Agradecimientos

Este libro no habría sido posible sin los relatos de los abuelos del pueblo yagan. Les agradecemos por abrirnos sus puertas, compartir sus recuerdos y reflexiones y contestar pacientemente nuestras preguntas a lo largo del proceso de investigación y edición. Ellos y ellas son: Eugenio Calderón, Juan Calderón, Patricio Chiguay, Lidia González, Martín González, Elcira Hernández, Astrid Navarro, Segundo Navarro, Ana Sarmiento y Daniel Zárraga.

Agradecemos a la abuela más abuela de todas, doña Cristina Calderón, por recibirnos siempre y compartir con nosotros durante nuestras visitas a Puerto Williams.

Agradecemos a los niños, niñas y jóvenes de Villa Ukika por participar en nuestros talleres y a la comunidad yagan en Villa Ukika, liderada por David Alday, por abrirnos las puertas de la sede vecinal y compartir su espacio y su tiempo con nosotros.

También quisiéramos reconocer a Maurice van de Maele y Alberto Serrano, por su apoyo en la investigación de este libro; a María José Ferrada, por sus talleres y trabajo en la etapa más inicial y formativa del proyecto; a Mirta Riquelme France, por su calidez, apoyo, té caliente y mermeladas; a la Armada de Chile, por ayudarnos a dimensionar el espectacular paisaje de las islas y aguas de la zona del Distrito Naval Beagle; al alcalde de la I. Municipalidad de Cabo de Hornos, don Jaime Patricio Fernández Alarcón, y su equipo por facilitar siempre nuestro trabajo en la zona.

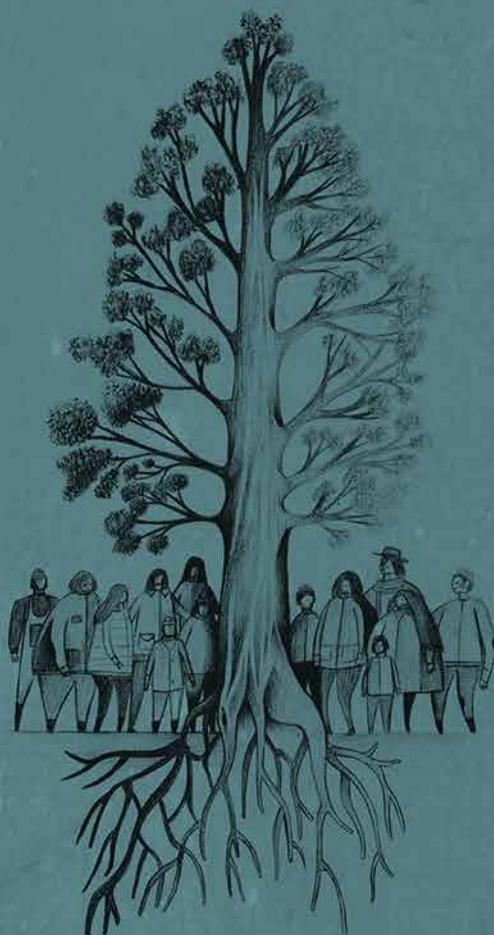
Finalmente agradecemos al equipo de Biblioteca Escolar Futuro y Bibliotecas UC, por su valiosa colaboración en materia de logística y gestión, para llevar este libro a buen puerto.



Este libro se imprimió en los
talleres de Salesianos Impresores,
Santiago de Chile.

Impreso en papel hilado de 140 gramos.
Para los textos, se utilizó la
tipografía Chúcará.





PONTIFICIA
UNIVERSIDAD
CATÓLICA
DE CHILE



Ministerio de
las Culturas,
las Artes y
el Patrimonio

Gobierno de Chile

BIBLIOTECA
ESCOLAR
Futuro

ISBN: 978-956-14-2376-3



9 789561 423763